

## SEVILLA

## ENTREVISTAS IMPERTINENTES



JESÚS MORÓN

JOSÉ MARÍA CONGET Escritor

«Sevilla para mí son ciertas calles

... una ciudad íntima...

mos como dinosaurios cuando estamos solos en la sala.

**P.-** ¿Prefiere la Universidad española o la americana?

**R.-** La Universidad española es muy endogámica. En Perú podía entrar un advenedizo absoluto, como me pasó a mí. En España, no sé ahora, pero en mi época la Universidad era maridos, hermanos, sobrinos y mujer. Las universidades norteamericanas tienen muchas cosas envidiables, sobre todo las bibliotecas. Esto explica los motivos por los que en el mundo anglosajón la gente no tiene grandes bibliotecas privadas. Con las públicas no les hacen falta. Pero tienen otros vicios, como la corrección política, que es insostenible.

**P.-** ¿En Estados Unidos la sociedad civil funciona?

**R.-** Sí y es capaz de dar respuesta a muchos problemas. Se mueven solos, no dependen del Estado.

**P.-** ¿Su experiencia como profesor de Secundaria es tan negativa como cuentan algunos?

**R.-** Antes estudiaban o los ricos o quienes tenían beca. Ahora lo hace todo el mundo y el profesorado no está acostumbrado a tener en clase a gente a la que no le apetece estudiar. Los institutos se han vuelto más carcelarios. He dado clases en Los Pajaritos y en el Instituto

# y plazas, una ciudad mima»

CARLOS MÁRMOL / Sevilla

José María Conget dice que se hizo profesor por tres motivos: julio, agosto y septiembre. Es escritor. Ha sido director cultural del Instituto Cervantes en Nueva York y París. Ha vivido en Glasgow y en Lima, donde se fue con su mujer embarazada buscando la ciudad que Vargas Llosa retrataba en sus primeras novelas. Ahora está jubilado, vive en Sevilla y contempla el universo desde una casa del Pasaje Valvanera. Interior tarde.

**PREGUNTA.**— ¿Por qué ha terminado en Sevilla después de dar tantas vueltas?

**RESPUESTA.**— Las cosas son una mezcla de decisión y azar. Cuando saqué las oposiciones me fui a Cádiz porque era la ciudad que estaba más lejos de Zaragoza, donde nací, y que más me recordaba a América Latina. Durante cinco años vine a Sevilla los fines de semana. La ciudad me fascinó. Sus plazuelas, sus calles. Me pareció una ciudad maravillosa que no se merecía los seres humanos que la habitan, que son peores que la propia ciudad. Después viví cinco años en Londres, volví a Sevilla y me salió la oferta de Nueva York, donde pasé ocho años maravillosos.

**P.**— ¿Cómo ve la ciudad ahora?

**R.**— Sevilla tiene identidades muy fuertes que a mí me resbalan. Por ejemplo, la Semana Santa. Como decía Buñuel, yo soy ateo por la gracia de Dios. No la entiendo en absoluto, aunque tengo amigos

que la viven como una fiesta, cosa que sólo se explica por la infancia. Sevilla para mí son otras cosas: ciertas callejas, determinadas plazas, una ciudad más íntima y misteriosa que la que atrae a los turistas. Para mucha gente Sevilla es un teatro, pero a mí la Sevilla que me gusta, la que en alguna ocasión he sacado en mis libros, es la del Pasaje Valvanera, la del Pumarejo, con sus borrachos y sus drogadictos, que es un mundo bastante interesante desde el punto de vista sociológico y literario.

**P.**— Son las zonas canallas de la Sevilla de los años ochenta.

**R.**— La Alameda estaba llena de putas que te llamaban y te ofrecían un completo. Eran conmovedoras: invitaban más a la castidad que a otra cosa. Sevilla, en comparación con otros sitios, no se ha homogeneizado del todo. En la Alameda hay ahora una mezcla muy interesante: por un lado es una zona gay, por otro sigue siendo una zona bohemia, aunque también ha experimentado un cierto aburguesamiento. Está llena de artistas, gente que se relaciona con el mundo de la cultura. Yo no me iría a vivir a otro lado. Lo único que podría hacer que me marchara es que este alcalde decidiera construir un aparcamiento en la Alameda.

**P.**— ¿Se fue a Lima en busca de la ciudad de las novelas de Vargas Llosa?

**R.**— Huíamos de la cutrez de la España franquista. Nos fuimos de ilegales, pero nadie pensaba en

estas cosas entonces. Después de un año de trabajar en la Universidad de San Marcos, donde daba clases de literatura latina y yo estaba encantado explicando lo que era un hexámetro mientras los estudiantes cantaban canciones revolucionarias, alguien nos dijo que estábamos en el país en una situación ilegal. No fuimos a ver Lima, sino a vivirla, porque una cosa es ser turista, otra viajero y otra, como he sido yo, extranjero

**R.**— Estuve en Glasgow y en Inglaterra traté mucho a Rafael Martín Nadal, que era el albacea de Lorca y quien le consiguió empleo a Cernuda. Un día me enseñó en su casa la primera edición del *Romancero Gitano* con los dibujos de Lorca. Antes de enseñármelo me hizo lavarme las manos. Y en México, donde estuve cinco veces, conocí a gente que trató a Cernuda.

**P.**— Sigue yendo a librerías y al ci-

## ALAMEDA

«Lo único que podría hacer que me marchara de la Alameda es que el alcalde construya el aparcamiento»

## TRADICIONALISMO

«La Andalucía de charanga y pandereta se ha mantenido. A los políticos les gusta jugar a las cofradías»

con residencia temporal, que es el estado ideal. Lo mejor de las ciudades es vivirlas como si fueran tu barrio. Y eso no pasa hasta que el panadero no sabe quién eres. En Nueva York es muy fácil. Se hace mucha vida de barrio. También en Londres, en Portobello. **P.**— Ha vivido por las mismas ciudades que Cernuda.

ne ¿es un bicho raro?

**R.**— Cada vez hay menos librerías literarias. En Sevilla estaba Renacimiento, pero ahora es una nave en Valencina. Para mí ir al cine es como ir al templo. Sigue pareciéndome una de las alegrías de la vida. Es el arte más democrático que ha existido nunca, aunque a veces mi mujer y yo nos senti-

Martínez Montañés, aunque allí daba el Bachillerato Internacional. Todo se ha complicado mucho. Es necesario tener mucha vocación, algo difícil. Si hubiera más profesores vocacionales la situación no sería la que es. Hay gente que termina de profesor porque no puede ser otra cosa. No es justo culpar de todo sólo al alumno.

**P.**— ¿Andalucía es una ficción?

**R.**— Es una ficción que ha funcionado muy bien. No cabe duda de que Andalucía tiene rasgos propios. Es una región explotada y pobre pero con un talento artístico inconmensurable. Hay una Andalucía de charanga y pandereta que muchos andaluces han decidido mantener, cosa a la que no son ajenos muchos políticos, sean de derechas o de izquierdas, a los que siempre les gustó jugar a las cofradías. Se piensa que Sevilla es una ciudad que se cierra a la modernidad, pero no es del todo cierto. Hay elementos muy modernos y gente bastante surrealista como Ocaña, Nazario y Silvio.

**P.**— Muchos de sus libros tratan el tema de la familia, ¿es un mal meridional?

**R.**— Meridional, septentrional, del Este y del Oeste. Es el caldo de cultivo de la neurosis. Hay virtudes en las familias que son buenas, como la solidaridad. Pero ocurre igual que con el patriotismo: una cosa es el apego sentimental a un sitio y otra ser un nacionalista idiota. Yo odiaba la familia franquista, que es la que viví de niño: católicos acérrimos de comunión diaria, con la fe del carbonero. Pero los padres progres hemos sido un desastre.